



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

### La revolución de la normalidad

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 6, 1-6 (Domingo 14 del Tiempo Ordinario – Ciclo B)



En 2012 el nobel de literatura peruano, Mario Vargas Llosa, publicó el libro *La civilización del espectáculo* en el que afirma que “la banalización de las artes y la literatura, el triunfo del periodismo amarillista y la frivolidad de la política son síntomas de un mal mayor que aqueja a la sociedad contemporánea: la idea temeraria de convertir en bien supremo nuestra natural propensión a divertirnos. En el pasado, la cultura fue una especie de conciencia que impedía dar la espalda a la realidad. Ahora, actúa como mecanismo de distracción y entretenimiento”.

Los tentáculos de esta tendencia a la frivolidad y a la banalidad, aunque nos resistamos a aceptarlo, no solo afectan a los fans de la cantidad de programas del corazón que llenan las parrillas de programación de la telebasura y que muchas veces calificamos con adjetivos peyorativos. Su impacto también puede alcanzar a personas con criterios bien formados bajo la etiqueta de la “*globalización de la superficialidad*” que acuñó con magistral sabiduría el Padre General de los Jesuitas, Adolfo Nicolás, hace unos años en México.

En el momento de acometer la tarea del anuncio del Evangelio hay que tener en cuenta los efectos que estas tendencias pueden generar tanto en los destinatarios como en las personas llamadas a comunicar el mensaje de Jesús. Señalo dos que me parecen llamativos. El primero y más evidente es caer en la tentación de convertir lo que hacemos en un espectáculo creyendo que de esta manera el mensaje va a tener una mayor acogida y que, de esta manera, se puede llegar a lugares y personas que de otra forma sería imposible. Sin embargo, cuando se cae en lo que yo llamaría la concupiscencia del micrófono o de la cámara y se aparece en cualquier tipo de programa, ¿no se podría generar el efecto contrario hasta llegar a banalizar el mensaje? El segundo efecto, no menos importante, es que tanto espectáculo nos ha hecho perder la capacidad de asombrarnos frente a las cosas sencillas de la cotidianidad despertando, en no pocas personas, un apetito voraz por experiencias que sean cada vez más excitantes y que se salgan de lo normal.

Jesús cuando visitó su pueblo padeció en primera persona los efectos de la civilización del espectáculo de su tiempo. Sus paisanos no daban crédito a sus palabras y a sus signos pensando que cosas así no podían provenir de un hombre común y corriente de quien conocemos su familia y los pormenores de su historia. Sus paisanos, tal como lo narra Marcos, no solo no dieron crédito a Jesús sino que desconfiaron de él pensando, seguramente, que tenía que haber algún engaño porque signos y palabras tan maravillosos no podían tener su origen en una persona modesta y sencilla del pueblo. Las consecuencias para la predicación del Reino las señala con nitidez el evangelio: “No pudo hacer allí ningún milagro (...). Y se extrañó de su falta de fe”.

No sobra decir que los milagros, dentro de la pedagogía de Jesús, tienen dos momentos clave: primero la constatación de la fe de quien se acoge a la misericordia de Dios como lo recordábamos el domingo pasado con la hemorroísa a quien Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha curado...” y, segundo, la fe que se suscita en quienes son testigos del milagro. Siguiendo esta lógica, Jesús no pudo hacer milagros en su ciudad natal porque sus paisanos, obnubilados por lo espectacular, no fueron capaces de descubrir en lo germinal, en lo pobre y sencillo la presencia del Dios que ha optado por hacerse cercanía, no fueron capaces de abrirse al don de la fe.

Quisiera terminar esta reflexión haciendo un homenaje a la cantidad de anónimos que nunca han pisado las alfombras rojas, ni han aparecido en las portadas de los diarios o en los platós de la televisión y, no obstante, desde su trabajo silencioso y humilde están entregando su vida para que otro mundo sea posible. Para la civilización del espectáculo no son famosos porque no es noticia que un profesor se desvele para hacer de sus alumnos hombres y mujeres para los demás y con los demás. No es noticia que cientos de hombres y mujeres estén entregando su vida para hacer un poco más llevadera y más digna la vida quienes viven en los campos de refugiados o en los mal llamados Centros de Internamiento de Extranjeros – CIE’s. No son noticia la multitud de voluntarios que desde la ONG’s están trabajando por hacer que el desarrollo sea sostenible, centrado en la persona y en armonía con la naturaleza. No son noticia los miles de religiosos y religiosas que día a día trabajan silenciosamente en favor de los últimos.

Pidamos al Dios de los Pobres que nos ayude a mantener los ojos abiertos para reconocer en la sencillez de la normalidad la grandeza del Reino.